

daderamente para todas las clases de celos, lo es especialmente para los del corazón:

LV

La razón nos dice: «Una mujer que os inspire celos, no merece que la améis; por lo tanto, los celos son absurdos.» El corazón responde: «Precisamente por eso es por lo que estoy celoso.» Y añade algunas veces para sí: «y por lo que la amo.»

MEDITACIÓN XIII

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

IV

LOS DESASTRES (CONTINUACIÓN).—LOS CELOS.

§ III.—*Los celos de la cabeza.*

¿Sentenciaríais a Otelo, si fuerais jurado? Yo sí, ciertamente, porque el crimen ocasionado por la pasión, considerado bajo el punto de vista social, me parece más temible que ningún otro. Pero si yo fuese su amigo, tal vez lo sería con mayor intimidad después de su delito, porque más que nunca le creería sincero; sobre todo si hubiese él procurado seriamente matarse también... ¡Qué original aparecería entonces! Me inspiraría, de seguro, mucha compasión. Con esto quiero decir que los *celosos de los sentidos* me parecen maniáticos capaces de las más peligrosas locuras; pero también desgraciados que ni son despreciables ni ridículos. En cuanto a los *celosos del corazón*, no hay dificultad en convenir que

pueden considerarse como mártires de la religión del amor. ¿Quién no les envidia el amar hasta la agonía?

Voy ahora a presentar los tipos que pudiéramos llamar «grotescos» entre los celosos, a saber, aquellos que no desean a la mujer de quien tienen celos, que no aman tampoco con el corazón, pero que la vanidad o la tontería les empuja a atormentar a esa pobre mujer y a atormentarse a sí mismos sin tener la disculpa de una pasión sincera. A primera vista parece una insensatez que haya en el mundo hombres que sean a la vez verdugos y víctimas, que se comprometan en aventuras en ciertos casos dramáticos, y siempre penosas, simplemente porque se calientan la cabeza, sin motivo alguno. No obstante, nada hay tan frecuente y para no discutir esta tesis con vaguedad, exhibiré algunos modelos de lo que yo llamo *celosos de la cabeza*, para ponerlos frente a frente con las amantes del mismo género y he aquí los diversos motivos que pueden dar origen a esta singular enfermedad.

* * *

1.º *El amor propio simple*.—Este caso es el más frecuente y aparece sobre todo en las rupturas o al día siguiente en que éstas se verifican. Los celos de éstos consisten en no poder sufrir que siga viviendo una mujer a quien ellos han abandonado. Han procedido muy mal con una amante, han repetido cien veces a sus amigos y hasta a sus conocidos: «—¡Qué fastidio, Dios mío, qué fastidio...! ¿—Quién me embarazará de esta cadena...? O bien: «—¡No deseéis ser amado, no es cosa divertida...!» O dicen:

«—Si la dejara, caería enferma, y esa consideración me detiene.» Y después, venciendo su egoísmo, la dejan. Ella ha llorado mucho, ha enfermado; pero ha tenido la infamia de no morir. Sabe él que recibe las visitas de otra persona, que se consuela, que se halla menos triste, que se está reponiendo, que es feliz y he aquí que el amante que la abandonara, no habla de ella sino con una acritud que no puede compararse más que con la fatuidad de su hipócrita compasión cuando se lamentaba de no atreverse a dejarla por el gran amor que ella le profesaba. Estos celos por amor propio simple, se parecen a los que hemos estudiado en la *Meditación XI*, con la diferencia de que el celoso de cabeza no está atormentado por visiones físicas y su disgusto no le produce el deseo. Desprecia a la mujer que ha dejado de llorar, la desprecia ingenuamente, porque la idea de que era desgraciada por su causa, lisonjeaba su amor propio, y por eso le guarda rencor. «—Nunca lo hubiera creído»—me decía un amigo al saber que una que había sido su amante, se había ido a vivir con un compañero nuestro. «—¡Yo, que he titubeado tres meses para dejarla!»—«¡Ah, las mujeres!»—exclamé, sin que él comprendiera cuán pedantesca me parecía su afirmación. «—Empiezo a creer que tienes razón—me respondió con mucha seriedad—, la mejor vale bien poco...»

Es menester observar que el que me decía esta solemne tontería, era una especie de hombre de aventuras que, aunque casado, continuaba haciendo la vida de soltero. Es cosa curiosa, en efecto, la comprobación de esa vanidad grotesca en el hombre que

no quiere que se le reemplace, cuando él ha reemplazado a muchos. Este rasgo de psicología masculina debe unirse a este otro: el desprecio al sexo femenino abunda especialmente en los que peor se han portado con las mujeres; esta es una rareza del corazón, que puede resumirse así:

LVI

Lo que menos perdonan ciertos hombres a las mujeres, es que éstas se consuelen de haber sido engañadas por ellos.

2.º *El amor propio compuesto.*— He oído a un hombre de Estado, inteligente y conocedor del corazón humano, discutir entre amigos una ley sobre el desafío. «No hay, decía aquel sabio, más que un artículo que escribir para formarla: la publicidad de los desafíos está terminantemente prohibida...» ¡Ahora bien!, el que yo llamo celoso por amor propio compuesto, es hermano del duelista que va al terreno del honor por la galería, esa invisible galería en la que se hallan, según los casos, los lectores de un periódico, los miembros de un Círculo o los contertulios de un café. ¿Os acordáis de aquellos dos estudiantes que por poco se matan en un desafío a florete, realizado en la sala de un restaurant, sólo porque la amante de uno de ellos habló familiarmente con el otro? Uno de los testigos declaró con mucha gravedad en la Audiencia y nombró el restaurant que

era, ¡oh, inocencia!, conocido en el Barrio Latino con el significativo nombre de *¡Vaquerta!*

El celoso por amor propio compuesto, es aquel cuyos celos se basan en el temor de «el qué dirán». ¡Ese «qué dirán» tan vago y tan vano, nunca bien informado y siempre indiferente, cuántos sacrificios nos ha costado y nos está costando a todos, a mí el primero! No hubiera tenido yo para con mi amada ese implacable rencor, si no me hubiese acordado de las conversaciones que sobre nosotros tal o cual actor o actriz podían tener.

Estos celos por amor propio compuesto son ciertamente los más repugnantes, y, sin embargo, son los que empujan al amante a provocar las más terribles escenas. Casi pudiera afirmarse que dichos celos representan el medio más seguro, para una mujer, de saber si es amada, porque ciertamente el público no existe para el verdadero enamorado, y si piensa en el ridículo que le pudiera sobrevenir, es sólo para alegrarse de que le permita demostrar, a la que ama, lo grande que es su pasión. Esto nos conduce a los dos aforismos siguientes:

LVII

Para un amante que quiere con todo su corazón, una infidelidad, conocida por él, de su amada, le ofrece todavía la dulce impresión de que puede probarla su amor, perdonándola.

LVIII

El amante que se fija en el público, no ve en su amada más que una ocasión de ser por las gentes admirado. Esto debe inspirar miedo a la mujer.

3.º *La sugestión.*—Tanto se ha abusado ya de esta palabra, que un escritor que se respeta un poco, siente alguna repulsión al emplearla, y *sin embargo, se mueve*, como decía el anciano astrónomo florentino.

Existe cierto número de individuos reflejos de otros, que van pidiendo, si así puede decirse, ideas, gustos y emociones que ellos *deberían* tener. Ya conoceréis a esos espejos ambulantes de la literatura y del arte, que quieren a cualquier precio estar comprendidos en el movimiento literario, que aplauden hoy las funciones de acre sabor y pesimistas, como hubieran aplaudido las románticas, hace cincuenta años, que les gusta al mismo tiempo Degas y Wagner, los poetas ingleses y los novelistas rusos, porque saben que *es preciso* pensar de ese modo, y al obrar así son sinceros, lo mismo que lo serán más tarde al manif estar el disgusto que le produzcan estos mismos artistas, cuando una afirmación muy rotunda de tal o cual personaje les induzca a variar de opinión. En política, esta sugestión se hace más visible por el hecho de que puede extenderse de un individuo a toda una nación. ¡Napoleón sugestionó a la Francia persuadiéndola de que tenía ganas de conquistar la Europa, y ésta, loca, lo creyó!

En un orden de ideas tan sencillo y tan modesto como el que nos ocupa, en el que parece que cada cual había de pensar y de sentir por sí mismo, nada hay tan común como las sugestiónes. La prueba de ello está en la necesidad de confidencia que tanto atormenta al supuesto enamorado, aun cuando sea una verdad tan sabida como dos y dos son cuatro, que confiarse a un amigo, es: primero, hacerlo con dos, tres, diez, puesto que ese amigo no tiene más motivos que nosotros mismos para guardar nuestro secreto; segundo, enajenarse el cariño de ese amigo, porque ciertamente nos envidiará; tercero, exponerse a ser engañado si nuestra amada y nuestro amigo llegan a conocerse y a hablarse.

No vacilo en decir que de diez veces, nueve, estas imprudentes confidencias no se hacen porque se aman, sino que se ama o se cree amar para poder hacerlas, y el resultado es que se empieza a sufrir la sugestión del amigo con quien se ha tenido la confidencia. «—¿Qué harías en mi lugar?» «¿Qué debo creer?...» se le pregunta, y eso equivale a decirle: «—¿Qué debo sentir?...» Hay amigos que contestan a tan extrañas preguntas aconsejando sentimientos tiernos y delicados; éstos son los que nos quieren y desean vernos felices; pero la mayor parte de las veces, el amigo abriga, sin sospecharlo siquiera, el secreto deseo de que nuestra dicha se torne en pesar.

Y, a propósito, esta es la ocasión de admirar el buen sentido con que las mujeres ponen en práctica, por instinto, el siguiente aforismo:

LIX

Una amada considera casi siempre al amigo íntimo del que la ama, como su peor enemigo, a no ser que encuentre en él un nuevo amante.

Y en este caso empieza la serie de consejos pérfidos que transforman al confidente en un *Yago* de buena fe. «—Yo no sufriría eso...» Esta frase, dicha con cierto tono por el confidente, hace salir de vuestra cabeza el *Arnolfo* extravagante que en ella descansaba, como esas figuras de juguete que se dan a los niños descansan en su caja, fingis entonces unos celos que no tenéis y concluís siempre por ser celosos de verdad. Otras veces es vuestra misma amante la que os sugiere para que tengáis celos de éste o de aquél, con el fin de que pase inadvertido para vos el verdadero rival. Estas especies de celos ficticios, que tantos asuntos han dado para las comedias, pueden clasificarse entre los de amor propio, porque no se distinguen de éstos sino por el rasgo de que el celoso de esta clase no se acuerda de que su confidente puede burlarse de él. Es celoso, porque le dicen que tiene que serlo y por imitación. Si este carácter pudiera estudiarse y definirse bien, daría la clave para explicar la razón de la vida social de muchos hombre, sobre todo, en París, en donde es tan difícil tener opinión propia, que las tres cuartas partes de los bípedos que descansan en Montmartre, en Montparnasse o en el Père-Lachaise, merecerían este epitafio: «Aquí yace H... Y... Z..., fallecido el... Es la prime-

ra vez que no ha tomado consejo de nadie.» Del mismo que aquel otro, aplicada ya a ciertos políticos intrigantes: «Este es el primer puesto que no haya solicitado.»

4.º *El snobismo*.—Nuestros antepasados, que no conocían esta palabra, sentían también lo que ella significa, que la lista de los maridos o de los amantes que, burlados por los reyes, se han alegrado de ello, está, respecto a la de aquellos que han experimentado verdadero disgusto por la ofensa, en la proporción de trescientos por uno, y juraría por los restos reunidos de Stendall y de Benjamín Constant, esos dos grandes sacerdotes del Santo Análisis, que tal alegría era casi siempre desinteresada. Recuerdo una frase del joven Figon, hijo de un prendero enriquecido, que se hacía el gran señor. Para suceder a duques y príncipes había entablado serias relaciones con Cladys Harvey; pero ésta le dejó por un dependiente de un almacén de novedades, de quien se encaprichó hasta el punto de renunciar a su lujo, a su hotel y a sus caballos, realizando una de esas locuras inverosímiles e inexplicables en la gente del *demi-monde*. «Si me hubiera sido infiel siquiera con un hombre de la alta sociedad» decía suspirando Figon... ¡Oh, vanidad! ¡Y cuán sorprendentes son sus efectos!

Este es el celoso por *snobismo* en todo su candor, y cuando esta clase de celos llega a tal grado de grandiosa sencillez, es excepcional, como lo son todas las superioridades. Fijad bien vuestros recuerdos, y decid si no habéis conocido a varios de vuestros ami-

gos o compañeros, que toleraban con la más singular indiferencia, casi con gusto, el galanteo con que tal o cual notabilidad cortejaba a su amante, mientras que rechazaban hasta con ferocidad a todos aquellos que no lisonjeaban su amor propio. Explicad estos hechos como mejor os parezca; en cuanto a mí, voy a ocuparme del celoso de cabeza, que es el contrario del *snobista*, o lo que es lo mismo, paso a tratar del celoso.

5.º *La envidia*.—Uno de los tipos más exactos que yo he conocido de celos por envidia, es el que nos ofreció ese Fenayrou, de quien he hablado ya, que mató de una manera tan trágica al desgraciado Aubert. En el odio furioso y tardío que aquel experimentaba contra el otro, había parte de celos físicos; existía también esa envidia profesional que remueve los peores sentimientos del sér humano. Feynarou había salido muy mal en los negocios de su farmacia, mientras que los del antiguo amante de su mujer prosperaban cada día más. Hubo de producirse entonces en el alma del marido ultrajado antes, una de esas aberraciones morales, que yo no me explico, sino diciendo que «tuvo celos del otro, con toda la fuerza de su envidia...»

Durante el curso de mi existencia de artista, me ha sido dado observar el mismo fenómeno presentado por una mujer muy astuta, que había sido la amante de uno de los más delicados músicos de aquella época. Es preciso creer que la tal mujer tenía en el corazón un pedal de piano y que amaba en solfa, porque además de sus relaciones con el aludido músico, las

entabló con uno de sus compañeros, el cual había escrito un baile que se representó en la Opera, mientras que el otro no pasaba de la opereta. Entre ambos, aquella mujer había concedido un sitio en su corazón a un bolsista. Me encontré un día, comiendo en su casa, con esos tres hombres, y me parece que no asistí nunca a un espectáculo tan bufo como el que ofrecía la amabilidad que ambos músicos demostraban para el bolsista, y la acritud que manifestaban el uno para el otro. Se me olvidaba decir que habiendo sido casi pública, como lo era la mujer, la historia de aquella simultaneidad de tres amantes, cada uno de ellos sabía a qué atenerse. El bolsista, que tenía su poquito de *snobismo*, se mostraba visiblemente encantado de la compañía. Hubiera dado con mucho gusto, las gracias a sus colegas del pedal, y cada uno de estos artistas experimentaba cierta satisfacción al pensar que el otro se había visto obligado a repartir los favores de su amada con el hacendista. Pero cuando se miraban los dos músicos, parecían quererse devorar. Había entre ellos, no la mujer, puesto que no odiaban al bolsista, sino la fatal, la furiosa pasión que se apodera de ciertos hombres, aunque sean de gran valía, y les hace padecer, cual si le desgarrasen las entrañas, ante el éxito, o sencillamente ante el talento de uno de sus compañeros. Y lo más chistoso del caso fué que, conociéndolos yo bien a ambos, recibí sus confidencias.

—Lo que no perdonaré nunca a R... cuyo talento admiro—me dijo uno de ellos—, es el haber sido amante de Magdalena.

—Ya sabéis cuánto apreciaba yo a Y...—me expu-

so el otro—; pero después de lo de Magdalena... bien podéis comprender que ya no podemos ser amigos. Y ambos hablaban de buena fe.

6.º *La literatura.*—La anterior anécdota de esos dos músicos, muy hábiles por cierto, y para quienes hube de escribir en algunas ocasiones versos que ahora no vacilo en calificar de malos, me hace pensar en otros celos muy comunes entre los jóvenes que alimentan su alma con novelas, y entre los escritores que quieren «hacer la vida» *faire vécu*, como se dice ahora.

Esos buenos chicos abordan el amor, siempre que éste se someta al programa que ellos quieren realizar, y cuyas bases son: ser feliz tranquilamente con una amante cariñosa, ir con ella al campo cuando el día es delicioso, sentarse a sus pies, viéndola tan joven como hermosa, y sentir alegría, porque hay flores entre la hierba, pájaros entre las ramas, riachuelos en los prados, perfumes en el ambiente y voluptuosidad inefable en la mirada de la mujer querida.

Pero he aquí una cosa que apenas se parece al sudicho programa. No en vano se ha nacido en una edad de decadencia, de complejidad, de análisis extremado y de alegrías morbosas. Aquellos escritores, cuyos libros han sido leídos por los jóvenes a quienes acabamos de aludir, que se llaman Baudelaire, Poe o Heine, han suspirado tal vez por recuperar la perdida salud del cuerpo y del corazón, han gemido tras la sencillez del alma, y han anhelado la alegría dulce y pura. La fatalidad cruel ha hecho de ellos

enfermos involuntarios; pero la pedantería sentimental del joven moderno, o del aficionado a coleccionar notas, cree que estos hombres notables han sido valetudinarios por su propia voluntad y de los más chuscos. Son tantas, a fe mía, las horas que he pasado yo penando, con verdadero penar, poniendo en práctica la coquetería de mi rencor, y para confesar mi tontería, sintiéndome casi orgulloso de haber sido tan indignamente engañado, que casi no me está bien burlarme ahora de estos candidatos al *dalilaismo*, ni de su apasionado deseo de encontrar una mujer muy mala para publicar sus hechos. Se los ve buscar con afán y tratar a las peores bribonas, y regar con cuidado la flor de los celos en su corazón, como las grisetas regaban antaño sus macetas en la ventanita de su bohardilla.

He conocido a uno que, al detallarme las perfidias de que había sido víctima, exclamaba con aire triunfante, al enumerar sus felices rivales, repitiendo la frase del viejo Homero cuando se refería a sus guerreros: «¡Todos los días se presenta uno nuevo!...» Por lo regular, estos celos terminan por prosa o por versos, con neologismos, aliteraciones y sensitivismo; de cuando en cuando concluyen con algunos insultos para los actuales coparticipes en su amor y, en fin, con toda esa retórica del enervamiento, que concluirá por llevarnos al gusto literario más deplorable que pueda imaginarse. Tan repugnante es esa insulsa y monótona parodia de estilo. Y sucede también que estos enamorados, que tienen el corazón lleno de «prosa artística», llevan la necedad hasta el drama. ¡Qué compasión da entonces de leer en algún perió-

dico una de esas tragedias en que nada es verosímil, a excepción de la sangre vertida, y en las que, como dice el poeta Verlaine, «todo lo demás no es otra cosa que literatura».

7.º *La maldad*.—Estos celos son los más sinceros de los de cabeza, pero también los más despreciables. La maldad en el amor, de que el marqués de Sade ha dado tan completa teoría, presenta un fenómeno demasiado constante para que necesitemos explicar su causa, indicada ya en la *Meditación I*. Pero el *divino marqués*, como le llaman sus admiradores, no ha estudiado más que el caso de extremada maldad, y su *Dolmancé* encarna una especie de Nerón filósofo, que dogmatiza entre los instrumentos de suplicio mezclados con una decoración de placeres. Sus sueños sanguinarios, de una complicación a la vez tan trágica como ingenua, espantarían a los celosos de quienes hablo, porque éstos no van por ese camino de la crueldad hasta la casita de la *Filosophía en el salón de confianza*, en que se tortura el cuerpo de que se abusa y se complacen en atormentar el alma. Su alegría cobarde y cruel consiste en ver llenos de lágrimas los ojos de la mujer que les ama, y se hacen celosos para tener el derecho de provocar esas lágrimas. ¿Se dan cuenta ellos de que hay un instinto perverso en ese martirio de la sospecha que infligen a su amante?

El celoso por maldad no deja pasar la ocasión de una desconfianza que les permita un reproche. Si su amada habla cariñosamente de un hombre que ha conocido en otro tiempo, ese ha sido indefectible-

mente su amante; se ocupa de él con antipatía, es que se han amado; recibe a otro con cierta satisfacción, la galantea; declara no querer recibirle, es porque quiere ocultar una intriga. En fin, es para la pobre joven un suplicio continuo de frases ultrajantes, de vergonzosas indagaciones y de penoso trato. Y la desdichada mujer dice suspirando, al hablar de tan detestable amante: «¿Qué le he hecho yo?»

La infeliz no sospecha que esos celos son producidos por la monstruosa dolencia propia de ciertos seres que no pueden amar más que a los que sufren por su causa...

* * *

Fácil me sería multiplicar los casos y matizar hasta lo infinito este análisis; pero bastará que diga aquí, como al final de la *Meditación VII*, dedicada a la *cerebral*, que en todas las circunstancias en que la cabeza domina al corazón y a los sentidos, el amor desaparece para dejar sitio al egoísmo, a un egoísmo tanto más detestable cuanto que está muchas veces disfrazado con sentimentalismo, gangrenado por la vanidad y podrido por la tontería. Solamente que—y esto hace que tales estudios aparezcan algo pueriles aun cuando sean justos—, una vez comprobado este estado cerebral, puede preguntarse: ¿Durará mucho? ¿No habrá momentos en que el celoso de cabeza lo sea de los sentidos o del corazón? ¿La naturaleza humana tan frágil y tan inestable en lo mejor que posee, será firme y sostenida en lo peor que tiene? Evidentemente, no; pero de todos modos se puede advertir a un hombre que no es suficiente decirse a

sí mismo: «soy celoso», para tener el derecho de martirizar a la mujer que ama.

Estas tres meditaciones dedicadas a los celos han sido escritas para demostrar la siguiente verdad: Si bien hay celos que son una prueba de amor, los hay también que evidencian lo contrario. Además, ni estas páginas, ni comedias como el *Ami des Remmes* o la *Visite de Noces*, impedirán a las mujeres, mientras el mundo sea mundo, de considerar los celos como una prueba irrefutable de cariño; a los jurados, de absolver a los asesinos que por las pasiones amorosas se presentan como verdugos, y a la opinión, de extasiarse lo mismo ante los Otelos de contrabando que en presencia de los verdaderos. Esto me permite concluir diciendo:

LX

En el amor, las acciones no evidencian el fondo del corazón. La tontería sentimental ha hecho cometer más homicidios y más suicidios que la verdadera pasión. Por otra parte, las palabras nada prueban tampoco; de modo que en esto, lo mismo que en religión, lo más prudente es creer, y esta prudencia es una locura.



MEDITACIÓN XIV

DE LA RUPTURA

I

ANTES

Tengo en mi cuarto de la calle de Varennes, cuarto que tiene vistas a un jardín y que mi Coleta deshonraba en otros tiempos con su presencia, un grupo del escultor Rodín, un fragmento separado de su *Puerta del Infierno*, que no miro nunca sin que me produzca una indescriptible melancolía. Ese trozo de mármol es el símbolo de las luchas terribles que acompañan a la conclusión del amor... La mujer está desnuda y echada boca abajo; hace un supremo esfuerzo para librarse del abrazo del hombre que, desnudo también, se halla tendido sobre ella, espalda con espalda.

El esfuerzo de la mujer es grandísimo, porque así lo indican sus apretados labios, la tensión de sus piernas y la crispatura de sus manos. El también quisiera separar su cuerpo del cuerpo de aquella mujer; pero es esclavo de aquel hermoso pecho que sus ma-